

CUADROS DE VIAJE

HEINRICH HEINE

EDICIÓN CRÍTICA Y TRADUCCIÓN
DEL ALEMÁN DE ISABEL GARCÍA ADÁNEZ

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



Heinrich
HEINE

(Düsseldorf, 1797 -
París, 1856)

Poeta y ensayista, es considerado el último mayor representante del Romanticismo alemán. Estudió en las universidades de Bonn y Berlín. En esta última recibió clases de G. W. E. Hegel y August Wilhelm Schlegel. Durante su estancia en Berlín, en 1822, Heine publicó su primer libro de poemas. En 1827, vio la luz su *Libro de canciones*, fuente de inspiración de compositores como Schumann, Schubert y Brahms. Su radicalismo y sus cínicos ataques a la Academia alemana lo obligaron a exiliarse en París, en 1831, donde conoció a Victor Hugo, Alfred de Musset y George Sand. En esta ciudad pasó los últimos veinticinco años de su vida trabajando como corresponsal.

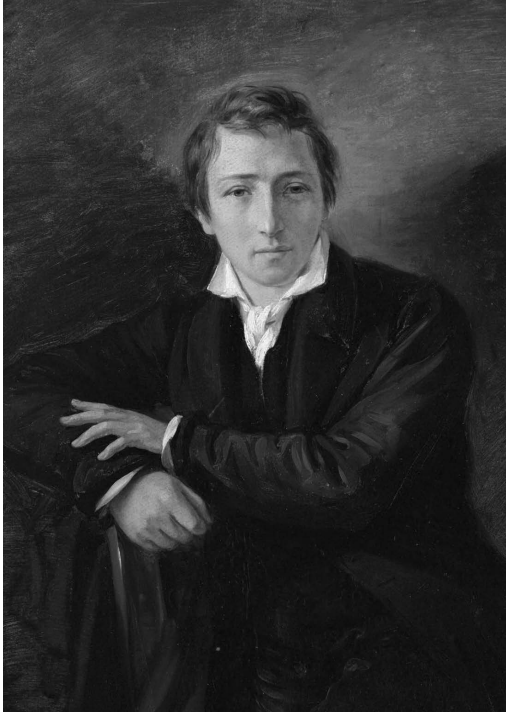
Entre sus libros destacan títulos como *Intermezzo lírico* (1823), *Cuadros de viaje* (1826-1831), *Sobre la historia de la religión y de la filosofía en Alemania* (1835), *Noches florentinas* (1836), *Alemania: un cuento de invierno* (1844) y *Romancero* (1851).

ISABEL GARCÍA ADÁNEZ: Licenciada en Filología Alemana y Española, y doctora en Filología Alemana. Ha traducido a numerosos autores germanos, fundamentalmente de los siglos XIX y XX: Theodor Fontane, Heinrich Heine, Thomas Mann, Arthur Schnitzler, Joseph Roth, Klaus Mann, entre otros. En 2006, le fue concedido el I Premio Esther Benítez a la mejor traducción por *La montaña mágica*, de Thomas Mann; y, en 2020, el Premio Nacional a la Mejor Traducción por *Siempre la misma nieve y siempre el mismo tío*, de Herta Müller.

Cuadros de viaje

HEINRICH HEINE





HEINRICH HEINE
(Düsseldorf, 1797-Paris, 1856)

Cuadros de viaje

HEINRICH HEINE



EDICIÓN CRÍTICA Y TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE ISABEL GARCÍA ADÁNEZ



LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

COLECCIÓN SOLVITUR AMBULANDO | N°13



Título original: *Reisebilder*, 1824-1828

Título de esta edición: *Cuadros de viaje*



Primera edición en La Línea del Horizonte Ediciones: octubre de 2021

© de esta edición: Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2021

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com



Directora editorial: Pilar Rubio Remiro

Edición al cuidado de Alberto Vicente Vicente

Coordinador editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras

© de la introducción, traducción y notas: Isabel García Adánez

© del diseño de cubierta: Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico



Depósito legal: M-19828-2021 | ISBN: 978-84-17594-89-3

THEMA: WTLC, 1DTP, 1DST, 1DFG

Imprime: Cofás | Impreso en España | *Printed in Spain*



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte



La traducción de este libro contó con el apoyo financiero del Goethe-Institut



Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
CRONOLOGÍA	38
I. SOBRE POLONIA	47
II. EL VIAJE POR EL HARZ	83
III. EL MAR DEL NORTE	161
IV. IDEAS. EL LIBRO LE GRAND	241
V. EL VIAJE DE MÚNICH A GÉNOVA	317
VI. LOS BALNEARIOS DE LUCCA	407
VII. LA CIUDAD DE LUCCA	497
VIII. FRAGMENTOS INGLESES	559



CUADROS DE VIAJE

HEINRICH HEINE



I

SOBRE POLONIA



Llevo algunos meses recorriendo a lo ancho y a lo largo la parte prusiana de Polonia; por la parte rusa todavía no he llegado muy lejos y por la austríaca ni he pasado. Gente sí he conocido a mucha, y de todas las zonas de Polonia. La mayoría eran nobles, naturalmente, y aun de los más distinguidos. Aunque mi cuerpo solo se haya movido en los círculos de los palacios de los Grandes de Polonia, mi espíritu también ha viajado a menudo a las chozas del pueblo llano. He aquí el estado de la cuestión para avalar mis conclusiones sobre Polonia.

De lo que es el aspecto externo del país no sabría decirles grandes detalles de interés. Aquí, en parte alguna hay riscos escarpados, románticas cataratas, bosques llenos de ruiseñores, etc.; lo que hay son grandes superficies de tierra cultivable, y por lo general buena, y espesos bosques de pinos enfurruñados. Polonia vive exclusivamente de la agricultura y la ganadería; de fábricas e industria apenas hay rastro. La estampa más triste es la que ofrecen los pueblos polacos: establos bajos de adobe, recubiertos de tablones o de delgadas hojas de lata. En estos vive el campesino polaco con sus animales y el resto de familia, da gracias al Señor por la vida y lo último en lo que se le ocurre pensar es en tontunas estéticas. No se puede negar, de hecho, que el campesino polaco suele mostrar más cabeza y más sensibilidad que el campesino alemán de muchas regiones. No pocas veces he hallado, en el polaco más corriente, esa chispa original (no *ingenio* de intelectual, sino sentido del humor) que en cualquier ocasión hace brotar un torrente de maravillosos juegos multicolores, ese aire sentimental y soñador, esa fabulosa irrupción de un sentido de la naturaleza digno de Ossian y cuyo estallido en los momentos de pasión se produce de forma tan involuntaria como el ruborizarse. El campesino polaco sigue vistiendo el traje

típico: una especie de chaquetón sin mangas hasta medio muslo, y encima otro chaleco adornado con cordones de color claro. Este, por lo general azul claro o verde, es la versión original en burdo de esas casacas de estilo polaco que ahora llevan nuestros elegantes. La cabeza se cubre con un sombrerito redondo con los bordes del ala blancos, y luego con la forma de un cono cortado por la parte de arriba, y va adornado con cintas de colores o con plumas de pavo real auténticas. Con este atuendo se ve al campesino polaco marchar a la ciudad el domingo para resolver tres menesteres: primero, afeitarse; segundo, ir a misa; y tercero, pillar una buena melopea. A aquel que, por causa del tercer menester, sin duda escucha los coros celestiales, se le ve los domingos, tirados junto a alguna alcantarilla, despatarrado y con los brazos en cruz, privado del sentido y rodeado de un tropel de amigos que, en afligida congregación, parecen concluir que el susodicho tiene poquísimo aguante. ¡Qué es el hombre si pueden con él tres jarros de aguardiente! Con todo, los polacos han llegado hasta límites sobrehumanos por lo que al beber respecta.

El campesino tiene buen cuerpo, es de complexión robusta, porte soldadesco y suele tener el cabello rubio; la mayoría se lo deja largo, que caiga sobre la espalda. A eso se debe que muchos campesinos tengan lo que se denomina «plica polaca», una formación o enfermedad del cabello muy graciosa con la que espero seamos bendecidos también cuando se extienda más la melencría en los distritos alemanes. La sumisión del campesino polaco ante el noble es indignante. Se inclina hasta casi dar con la coleta en los pies de su ilustre señor y pronuncia la fórmula: «Os beso los pies». Quien quiera ver la obediencia personificada que se fije en un campesino polaco ante el noble al que sirve; no le falta más que menear el rabo como los perros. Al ver esas cosas, a mí me viene a la mente de forma espontánea: «Y el Señor creó al hombre a su imagen y semejanza»; y me invade un dolor infinito de que un hombre se rebaje ante otro hasta ese punto. Únicamente hay que inclinarse ante el rey; hasta este último dogma me declaro fiel al

catecismo norteamericano.¹ No negaré que les tengo más estima a los árboles del campo que a los genealógicos, que respeto más los derechos humanos que el derecho canónico y que valoro más los mandamientos de la razón que las abstracciones de historiadores cortos de vista; ahora bien, si me preguntan si el campesino polaco es infeliz o si su situación se tornará mejor convirtiendo a todos estos súbditos oprimidos en propietarios libres, mentiría en caso de responder la pregunta con un sí. Considerando la idea de «ser feliz» en un sentido relativo y dándose buena cuenta de que, cuando uno está acostumbrado desde joven, no es ninguna desgracia trabajar todo el día y carecer de comodidades que no se conocen siquiera, hay que reconocer que el campesino polaco en el fondo no es infeliz, más aun teniendo en cuenta que, como no posee nada y, por lo tanto, vive en esa entera despreocupación que muchos describen como el más alto grado de felicidad, se dedica a ver pasar la vida por las buenas. Claro que tampoco es ironía cuando digo que, si ahora se hicieran propietarios independientes a los campesinos polacos, tampoco tardarían en encontrarse en la situación más incómoda del mundo y algunos, sin duda, caerían en una miseria mayor que la actual. En esta su despreocupación, ahora convertida en su segunda naturaleza, el campesino administraría mal su patrimonio y, como le sucediera una desgracia, se encontraría perdido del todo. Ahora, si hay una mala cosecha, el noble está obligado a mandar al campesino una parte de su propio grano: para el propio amo sería una pérdida que el campesino se muriera de hambre o no pudiera recogerle la cosecha. Por el mismo motivo, está obligado a mandar una nueva cabeza de ganado si al campesino se le ha muerto la vaca o el buey. Le da leche en invierno, le envía médicos y medicamentos cuando alguno de su familia se pone enfermo; en resumen: el noble es su tutor permanente. He llegado a la convicción de que la mayoría de los nobles ejerce esta tutela con mucho rigor y cariño, y en suma me ha parecido que los nobles tratan a sus campesinos con dulzura

1 Se refiere a los derechos humanos de la Declaración de Independencia americana.

y bondad; al menos, los restos de la dureza de otros tiempos son infrecuentes. Muchos nobles incluso desearían la independencia de los campesinos: el hombre más grande que ha dado Polonia y cuyo recuerdo aún mora en todos los corazones —Tadeusz Kosciuszko—² fue un ferviente defensor de la emancipación de los campesinos, y los principios de un hombre a quien se adora calan inadvertidamente en los espíritus de todos. Además, también la influencia de doctrinas francesas que, en Polonia, hallan más fácil acogida que en ningún otro lugar, puede tener un efecto impredecible en la situación de los campesinos. Ya ven que esto último no tiene tan malas perspectivas y que sí cabe tener esperanza en una progresiva emancipación. También el Gobierno prusiano parece apuntar a ello poco a poco a través de las instituciones correspondientes. Ojalá dé su fruto esta buena intención del «poco a poco»; es más segura y, en estos momentos, más útil que la irrupción repentina de algo que solo busca la destrucción. Ahora bien, lo repentino a veces también es bueno, por mucho que se critique.....

.....³

Entre el campesino y el noble, en Polonia, están los judíos. Los judíos comprenden casi más de una cuarta parte de la población, se dedican a todas las profesiones artesanales y bien puede decirse que son el tercer estamento de Polonia. Los que se dedican a elaborar compendios estadísticos, midiéndolo todo con los raseros alemanes —o cuando menos franceses— no tienen, pues, ninguna razón cuando escriben que en Polonia no hay un *tiers état*, lo que pasa es que allí ese estado está escindido del resto de un modo mucho más drástico, porque a sus miembros les gusta malinterpretar el Antiguo Testamento y porque estos, en su aspecto

2 El general Kościuszko, héroe nacional de Polonia, lideró las revueltas contra los prusianos tras la segunda partición de Polonia en 1793 y contra los rusos en 1794, y también luchó en la guerra de independencia de los Estados Unidos.

3 En varias partes de sus *Cuadros*, Heine deja líneas enteras sin texto que remiten a la censura. Puede tratarse de una censura real y que fueran frases eliminadas, o más bien de una broma del autor para señalar que eso le solía suceder.

externo, todavía están muy lejos del ideal de lo burgués de saloncito acogedor, tal y como este aparece representado en cierto *Libro de bolsillo para señoras* editado en Núremberg,⁴ bajo la imagen de la armonía filisteo⁵ de las ciudades ricas, todo muy lindo y endomingadito y coquetito. Ven, por lo tanto, que en Polonia los judíos son de mayor importancia para la economía del Estado que en nuestra Alemania, y que, por decir de ellos algo suave, hace falta algo más que la magnánima mentalidad de prestamistas de los sentimentales novelistas del norte o que la profundidad de pensamiento en torno a la filosofía de la naturaleza de los ingeniosos tenderos del sur. Me han dicho que los judíos del Gran Ducado se encuentran en un estadio de la humanidad más bajo que sus compañeros en la fe más orientales; así que no quiero yo decir nada concreto, ni mucho menos, de los judíos polacos, sino que prefiero remitir a la obra de David Friedländer: *Über die Verbesserung der Israeliten (Juden) im Königreich Polen*.⁶ Desde la aparición de este libro, que, salvo porque es demasiado injusto al no reconocer los méritos y la importancia moral de los rabinos, está escrito con un amor a la humanidad y a la verdad nada frecuentes, lo más probable es que la situación de los judíos de Polonia no haya cambiado en especial. Según cuentan, antaño, en el Gran Ducado se dedicaban a todas las profesiones artesanas igual que en el resto de Polonia; ahora, sin embargo, se ven muchos artesanos emigrados desde Alemania, y también los campesinos polacos parecen hallar un mayor gusto en la artesanía y otros oficios. Lo que sí es raro es que un polaco común se haga zapatero o cervecero o licorero. En Valaquia, una ciudad de la provincia de Posnania, descubrí que la segunda casa de cada sitio siempre estaba adornada con un blasón de zapatero y me acordé de la ciudad de Bradford de *El arquero*

4 El *Frauentaschenbuch* fue editado anualmente por Friedrich de La Motte Fouqué en Núremberg desde 1816 hasta entrada la década de los veinte.

5 En alemán, sobre todo en el siglo XIX, por extensión del lenguaje estudiantil, se utiliza la palabra *filisteo* (*philister*) con connotaciones negativas para referirse a los burgueses conservadores y estrechos de miras.

6 *Sobre la mejora de los israelitas (judíos) en el reino de Polonia*, escrita en 1816.

de *Wakefield* de Shakespeare.⁷ En la Polonia prusiana, los judíos que no se bautizan no pueden ser funcionarios del Estado; en la Polonia rusa, a los judíos se les permite ocupar cualquier cargo oficial como a cualquiera, pues allí se considera conveniente. Por cierto, el arsénico que se supone que hay en las minas del lugar todavía no ha llegado a sublimarse como filosofía de excesivo celo, y los lobos de los ancestrales bosques de Polonia todavía no se han puesto a aullar citas históricas.

Sería deseable que nuestro gobierno, con los recursos apropiados, tratase de infundir un mayor amor por la agricultura a los judíos del Gran Ducado, pues al parecer hay muy pocos campesinos judíos en esta región. En la Polonia rusa sí son numerosos. Por lo visto, el rechazo al arado de los judíos polacos surgió porque, en su día, veían al siervo campesino en un estado bastante lamentable. Si, ahora, el estamento del campesinado saliera de la servidumbre, también los judíos agarrarían los arados. Con contadas excepciones, todas las tabernas de Polonia están en manos de judíos, y sus muchas destilerías de aguardiente resultan muy perniciosas para el campo, puesto que incitan a los campesinos a darse a la bebida. Pero ya ilustré antes cómo lo de beber aguardiente también es parte de la forma de divertirse del campesino polaco.

Todo noble, en el pueblo o en la ciudad, cuenta con un judío al que llama administrador y que se ocupa de todas sus comisiones, compras y ventas, pesquisas, etc. Es una institución original que da muestra de lo amantes de la comodidad que son los nobles polacos. El aspecto del judío polaco es espantoso. Me entran escalofríos cuando recuerdo la primera vez que, pasado Meseritz, vi un pueblo polaco habitado principalmente por judíos. Ni el

7 La confusión que se da en esta cita podría ser del autor o del editor, o incluso un guiño intencionado de Heine a los lectores: *Georg A Greene, the Pinner of Wakefield* (*El arquero de Wakefield*) es una comedia que se atribuye a Shakespeare erróneamente, pues en realidad es de Robert Greene (1558-1592). En la obra de Shakespeare, la batalla de Bradford aparece en la tercera parte de *Enrique VI* (I, IV), pero el zapatero fue el padre de Christopher Marlowe, no el de este.

Semanario de W****⁸ hecho papilla en sentido literal me habría dado más arcadas que la visión de esos zarrapastrosos; y el discurso inflado de un estudiante de secundaria enardecido de amor por la gimnasia⁹ y la patria tampoco habría sido mayor martirio para mis oídos que esa jerga que hablan los judíos polacos. Ciertamente es también que el asco pronto dio paso a la compasión en cuanto contemplé de más cerca el estado de estas gentes y los agujeros, las cochiqueras donde viven, trapichean, rezan, juegan al ajedrez y... son unos desgraciados. Lo que hablan es un alemán impregnado de hebreo y aderezado con polaco. Emigraron de Alemania a Polonia en época muy temprana por la persecución religiosa, pues los polacos siempre se han caracterizado por su tolerancia en estos casos. Cuando los fieles más conservadores aconsejaron a un rey polaco que obligase a los protestantes a convertirse de nuevo al catolicismo, el rey les respondió: «Sum rex populorum, sed non conscientiarum!».¹⁰

Los judíos fueron los que trajeron los oficios artesanos y el comercio a Polonia, y bajo Casimiro el Grande se les concedieron privilegios importantes. Parece que estaban más cerca de la nobleza que de los campesinos, pues según una antigua ley el judío que se convertía al cristianismo ascendía *ipso facto* a la categoría de noble. No sé si esta ley dejó de estar en vigor ni por qué, ni lo que sin duda habrá perdido valor. En aquella época temprana, desde luego, está claro que, por lo que respecta a la cultura y formación intelectual, los judíos estaban muy por encima de los nobles, que no se dedicaban más que al crudo oficio de la guerra y aún carecían del barniz afrancesado de ahora. Los primeros al menos andaban

8 Se refiere al *Berlinisches Wochenblatt für den gebildeten Bürger und den denkenden Landmann* (*Semanario berlinés para el burgués educado y el campesino pensante*), que publicaba Friedrich Wadzeck.

9 Aquí hay una referencia a Friedrich Ludwig Jahn, pedagogo nacionalista que tuvo un papel importante en el movimiento de las hermandades estudiantiles (*Burschenschaften*) y es conocido como «el padre de la gimnasia», pues fue el primero en ensalzar la importancia del ejercicio físico para el desarrollo intelectual. Véase la nota 32, p. 139.

10 «Soy rey de los pueblos, no de las conciencias».

siempre ocupados con sus libros científicos y religiosos en hebreo, libros por mor de los cuales, precisamente, habían abandonado su patria y su vida acomodada. Lo que también está claro, por otra parte, es que no han avanzado con la cultura europea, y su mundo intelectual se estancó en una superstición muy poco estimulante y a la que una escolástica aguda le da mil vueltas. Con todo y a pesar de esos gorros de piel tan bárbaros con los que se cubren la cabeza y de las ideas todavía más bárbaras que la colman, tengo al judío polaco en estima más alta que a más de uno de esos judíos alemanes que llevan en la cabeza un Bolívar¹¹ y obras de Jean Paul. En su desabrido aislamiento del mundo, el carácter del judío polaco ha llegado a ser todo un conjunto de cosas, y el haber respirado aire tolerante ha imprimido a ese carácter el sello de la libertad. El interior de la persona no se convirtió en un *quodlibet*¹² ni se quedó encanijado por la constricción de los muros de las callejas de barrios judíos como el de Fráncfort, o de pensadísimos decretos municipales y encantadoras cláusulas de restricción. El judío polaco, con sus pieles mugrientas, sus barbas bien pobladas, su olor a ajo y su farfulla me sigue gustando mucho más que otros en su acartonado esplendor oficial.



Como ya comentaba arriba, no han de esperarse en esta carta descripciones de adorables escenas de la naturaleza, magníficas obras de arte y demás; únicamente las gentes, para más señas las de categoría más noble, es decir, los nobles propiamente dichos, merecen la atención del viajero aquí en Polonia. Y en verdad habría yo de creer que, viendo en todo su esplendor a un noble polaco auténtico

11 El bicornio típico de los generales rioplatenses que usaba Simón Bolívar se puso muy de moda con el nombre «chapeau Bolívar» que le dieron en Francia y se convirtió en todo un símbolo del pensamiento liberal más audaz.

12 Un *quodlibet* es una composición musical en la que se cantan melodías y textos distintos, incluso en diferentes idiomas, formando una polifonía. Aquí también puede entenderse como «galimatías», pues uno de los ejemplos más famosos es el *Galimathias Musicum*, de Mozart.

o a una noble polaca guapa, el alma puede regodearse igual que, por ejemplo, con la contemplación de un romántico castillo en lo alto de unas rocas imposibles o de una Venus de mármol como la de Médici. Estaría encantado de ofrecerles una semblanza de los nobles polacos, que resultaría en un muy valioso mosaico de adjetivos como hospitalario, orgulloso, valiente, obsequioso, falso (que no falte la piedrecita amarilla), susceptible, entusiasta, amante del juego y de la vida, de buena pasta y también con su buena soberbia. Claro que yo mismo me he metido muchas veces con nuestros redactores de folletos, con esos que, en cuanto ven brincar a un maestro de baile de París, ya escriben toda una caracterización del pueblo y que, en cuanto ven hacer cuatro flexiones a un orondo comerciante de algodón de Liverpool al punto emiten un juicio sobre el correspondiente pueblo de Estos retratos generalistas son la fuente de todos los males. Hace falta una era humana completa para comprender el carácter de una sola persona, y una nación se compone de millones de individuos. La única manera que tenemos de captar rasgos sueltos del carácter de una persona es contemplar su historia, la historia de su educación y de su vida. En las clases humanas cuyos miembros individuales toman una misma dirección como fruto de una educación y una vida comunes, por otra parte, también se ha de tomar nota de algunos rasgos de personalidad especialmente marcados; este es el caso de los nobles polacos, y solo desde este punto de vista es posible averiguar algo general acerca de su carácter. La educación en sí, siempre y en todas partes, está condicionada por lo local y por lo temporal, por el suelo del que brota y por la historia política. En Polonia, lo primero tiene mucho más peso que en ningún otro sitio. Polonia está entre Rusia y... Francia. El trocito de Alemania que media hasta llegar a Francia no lo voy a contar, puesto que gran parte de los polacos lo contempla injustamente como un gran pantano que hay que saltarse lo antes posible para llegar a ese bendito país donde fabrican mejor que nadie los buenos modales y las pomadas para el pelo. A esto se debe que Polonia haya estado expuesta a

las influencias más heterogéneas: a la barbarie que entraba por el este a través de los hostiles contactos con Rusia; a la cultura superior que calaba por el oeste a través de los felices contactos con Francia. De ahí esas peculiares mezclas de cultura y barbarie en el carácter y la vida cotidiana de los polacos. No es que quiera yo afirmar, ni mucho menos, que todo lo bárbaro haya venido del oriente, es posible que una parte muy considerable abundara ya en el propio país; aunque sí es cierto que en los últimos tiempos ha sido muy patente esta influencia. Otro factor esencial que repercute mucho en el carácter de los nobles polacos es la vida en el campo. Son muy pocos los que se educan en las ciudades; la mayoría de los muchachos no sale de las fincas de su familia hasta la edad adulta, y ha de bastarle con un instructor particular que sin duda no se habrá tomado demasiadas molestias o con una etapa de escolarización más bien breve o con el simple desarrollo de las fuerzas de la madre naturaleza como preparación para emprender el servicio en alguna guerra o asistir a alguna universidad o acceder, si cabe, a la más elevada de las formaciones en la gloriosa Lutecia.¹³ Dado que, para esto, no todos disponen de los mismos medios, es evidente que hay que diferenciar entre los nobles pobres, los nobles ricos y los magnates. Los primeros viven de una forma que da auténtica lástima, casi como los campesinos, y a la cultura le piden más bien poco. Entre los nobles ricos y los magnates no existe una línea divisoria gruesa; al que viene de fuera incluso le pasa desapercibida. Lo que es la dignidad del noble polaco (*civis polonus*) se da en igual medida y en los mismos valores internos tanto en el más pobre como en el más rico. Eso sí, los apellidos de determinadas familias que siempre han destacado por la gran extensión de sus tierras o por prestar servicios especiales al Estado sí se han vinculado a la idea de una dignidad superior, y esos son los que comúnmente reciben el nombre de magnates. Los Czartoryski, los Radziwill, los Zamoyski, los Sapieha, los Poniatowski, los Potocki, etc., reciben

13 París.

la misma consideración de nobles polacos sin más que cualquiera de los nobles pobres que igual hasta va detrás del arado, pero eso no quita que sean alta nobleza *de facto*, aunque no *de nomine*. Su prestigio está más y mejor fundamentado que el de nuestra alta nobleza alemana, puesto que son ellos mismos los que se han otorgado tal dignidad y la que tiene su árbol genealógico en la cabeza no es únicamente una vieja señoritinga, sino el pueblo entero. La categoría de *starost*¹⁴ ya es muy poco frecuente y ahora no significa más que un título cualquiera. El término *conde* no es más que un simple título entre los polacos; y condes quedan unos pocos repartidos, originarios de Prusia y de Austria. De orgullo y clase por parte del noble frente al burgués no saben absolutamente nada los polacos, pues ese orgullo solo puede forjarse en países donde existe una burguesía poderosa y que se alza con reivindicaciones y exigencias. Hasta que el campesino polaco pueda adquirir bienes y el judío polaco se incline más hacia el noble no surgirá ese orgullo de clase que, por consiguiente, indicaría el avance del país. Como aquí los judíos están por encima de los campesinos, son ellos los que primero tienen que chocar con el orgullo de la clase noble; claro que, entonces, es seguro que el asunto enseguida adquiera un nombre más religioso.



Esta mentalidad de la nobleza polaca que aquí tan solo he esbozado fugazmente es lo que, como cabe imaginar, más ha contribuido al asombroso transcurso de la historia política de Polonia; y las influencias de esta sobre la educación de los polacos, y por ende también sobre su carácter nacional, han sido casi más importantes que las influencias del terruño. La idea de igualdad condujo a que entre los nobles polacos se desarrollara ese orgullo patrio que tanto suele sorprendernos por lo magnífico que es, aunque a menudo también

14 El concepto es equivalente a «señor», en el sentido también de «señor feudal», y se da en todos los países eslavos. Hasta la partición de Polonia de 1795, allí tenía el rango de oficial real.

nos hace enfadar mucho por cómo subestima lo alemán, y, sin duda, choca enormemente con la humildad inculcada a fuerza de palos. Esa igualdad es justo lo que llevó a desarrollarse a la conocida ambición mayúscula que inspiró al más insignificante como al más alto y que no pocas veces hizo ansiar la cima del poder: pues Polonia ha sido casi siempre un reino en el que sus gobernantes eran electos.¹⁵ Gobernar se llamaba, pues, el dulce fruto que apetecía a todo polaco. Y el polaco no buscaba alcanzarlo con las armas del intelecto, pues esas no llevan a la meta sino muy despacio; un audaz golpe de espada haría caer el dulce fruto para disfrutarlo enseguida. De ahí la predilección que sienten los polacos por la condición militar, hacia la que ya los inclinaba su carácter pendenciero; de ahí que entre los polacos haya buenos soldados y generales, pero bien pocos hombres de Estado de los de guante de seda, y todavía menos eruditos que hayan alcanzado cierto renombre.

El amor a la patria es, entre los polacos, el gran sentimiento donde desembocan todos los demás sentimientos como los ríos en el océano universal; y, sin embargo, esa patria no destaca por ningún especial atractivo externo. Un francés que no alcanzaba a explicarse este amor a Polonia al contemplar una desangelada zona de pantanos agarró un pedazo de tierra del suelo y, meneando la cabeza con gesto irónico, soltó:

—¡Y esto dice esta gente que es una patria!

Claro que no es de ese suelo en sí de donde brota este amor a la patria de los polacos, sino de la lucha por la independencia, de la memoria de los acontecimientos históricos y de las desgracias. Hoy sigue ardiendo con llamas tan fuertes como en los días de Kosciuszko, o igual más todavía. Casi hasta un punto ridículo se le rinden honores ahora a todo lo patriótico. Igual que un moribundo que se revuelve contra la muerte con un miedo terrible, el espíritu del polaco se indigna y se revuelve contra la idea de destrucción de su nacionalidad. ¡Estos estertores mortales del cuerpo del pueblo

15 Como herencia del sistema del Sacro Imperio Romano Germánico, tanto en Alemania como en Polonia eran los príncipes electores quienes votaban la cabeza del reino.

polaco resultan estremecedores de ver! Pero todos los pueblos de Europa y de la tierra entera van a tener que superar la misma batalla contra la muerte para que de la muerte pueda surgir la vida, y de la pagana nacionalidad, la fraternidad cristiana. Con esto no me refiero a una renuncia total a las bellas particularidades en las que se refleja el amor de la forma más grata, sino a esa forma de hermanamiento de todos los seres humanos, ese cristianismo primigenio al que, más que nadie, aspiramos los alemanes y que, mejor que nadie, han expresado nuestros nobles representantes del pueblo: Lessing, Herder, Schiller, etc. De eso están todavía muy lejos los nobles polacos, lo mismo que nosotros. Una gran parte sigue viviendo según las formas del catolicismo, sin —lamentablemente— intuir siquiera la gran fuerza espiritual que poseen estas formas y cómo están adquiriendo una dimensión universal; otra gran parte suscribe la filosofía francesa. Nada más lejos de mi intención que hablar mal de la filosofía francesa: hay momentos en que la venero, la venero y mucho; en cierto modo, yo mismo soy vástago suyo. Con todo, también creo que le falta el elemento esencial: el amor. Donde no brilla esa estrella es de noche, por más que chisporroteen a su alrededor todas las luces de la Enciclopedia.

Si *patria* es la palabra número uno en Polonia, la segunda es *libertad*. ¡Bella palabra! Después del *amor*, sin duda es la más bella. Pero también es, después del *amor*, la palabra que más se malinterpreta y que se ve obligada a designar las cosas más opuestas entre sí. Eso es justo lo que pasa. La libertad de la mayoría de los polacos no es la libertad divina, la de Washington;¹⁶ esta última no la han comprendido e intentado difundir más que una parte mínima, solo hombres como Kosciuszko. Porque es cierto que muchos hablan de la libertad con entusiasmo, pero luego no hacen ademán alguno de emancipar a sus campesinos. La palabra *libertad*, con todo lo bella y armoniosa que resuena a lo largo de la historia de Polonia, no ha sido más que el lema electoral de una

¹⁶ Se refiere a la libertad de todas las personas por igual, tal y como la concibe George Washington.

nobleza que intentaba forzar al rey a concederles el máximo posible de derechos para así aumentar su propio poder y así llamar a la anarquía. *C'était tout comme chez nous*,¹⁷ donde la libertad alemana tampoco significaba otra cosa que convertir al emperador en un mendigo para que la nobleza pudiera darse tanto más a sus gulusmerías y gobernar a su capricho tanto más; y tuvo que hundirse un imperio cuyo gobernante estaba atado a su trono y al final no llevaba en la mano más que una espada de madera. De hecho, la historia polaca es igual que la historia alemana en miniatura; solo que, en Polonia, los Grandes no llegaron a escindirse del todo y a hacerse independientes como los nuestros, y el afán de darle mil vueltas a todo lo de los alemanes siempre introdujo cierto orden que ralentizaba la anarquía. Si Lutero, con su amor a Dios y a Catalina,¹⁸ se hubiera encontrado frente a un Reichstag de Cracovia, no le habrían dejado explicarse tan tranquilamente como en Augsburgo. Cualquier principio de esa libertad tempestuosa que tal vez sea mejor que la servidumbre mansa —no obstante su grandiosidad— ha llevado a los polacos al desastre. Aunque no deja de ser asombroso ver el tremendo poder que ejerce sobre sus ánimos la mera palabra *libertad*: se enardecen e inflaman de entusiasmo en cuanto oyen que en donde sea se está luchando por la libertad; les brillan los ojos mirando hacia Grecia y Sudamérica. En la propia Polonia, en cambio, como se dijo arriba, lo único que se entiende como constricción de la libertad son las limitaciones de los derechos de los nobles o, si cabe, la progresiva igualación de las clases sociales. Nosotros, los alemanes, lo sabemos mejor: si se quiere que en un lugar florezca la libertad jurídica general, tienen que sucumbir las libertades individuales.



17 «Lo mismo que en nuestra tierra, lo mismo que en Alemania». En francés en el original.

18 Lutero contrajo matrimonio (con Catalina de Bora) al mismo tiempo que se desarrollaba el proceso de la Iglesia en su contra.

Eso sí, ahora se me arrodilla usted, o al menos se me quita el sombrero: voy a hablar de las mujeres de Polonia. Mi espíritu deambula por las orillas del Ganges y busca las flores más tiernas y encantadoras para poder compararlas con ellas. Pero ¡qué son frente a estas bellezas polacas los encantos de las mallikas, las kavalayas, las oshadis, las flores de Nagkesar, las sagradas flores de loto y como se llamen todas esas flores indias: kamalata, pedma, kamala, tamala, sirisha, etc. Si dispusiera yo del pincel de Rafael, las melodías de Mozart y la lengua de Calderón, tal vez alcanzaría a hacer saltar la chispa del sentimiento que habría de invadir su pecho como apareciera ante sus bienaventurados ojos una polaca auténtica, una de esas Afroditas del Vístula de cuerpo presente. Pero ¡qué son los pegotes de pintura de Rafael frente a estos altares de la belleza que el buen Dios en persona dibujó felizmente en sus horas más felices! ¡Qué son los teclateos de Mozart frente a las palabras que, caramelos rellenos para el alma, brotan de los labios de rosa de estas dulces criaturas! ¡Qué son todas las estrellas de la tierra y las flores del cielo de Calderón¹⁹ frente a estas glorias que, remedando a Calderón yo también, llamaré ángeles de la tierra, puesto que a los propios ángeles los considero polacas del cielo! Sí, querido mío, quien posa la mirada en sus ojos de gacela creará en el cielo, y aunque hubiera sido el más ferviente seguidor del Barón Holbach.²⁰ Hablando del carácter de las polacas, me limitaré a decir: son mujeres. ¡A quién se le ocurre aventurarse a retratar el carácter de estos seres!



19 Aquí hay juego con una cita de «La primera flor del Carmelo», a su vez un juego de palabras: «¿Quién eres, ¡oh mujer! [...] / Cielo y tierra parece que, a primores, / se compitieron con igual desvelo, / mezcladas sus estrellas y sus flores; / para que en Ti tuviesen cielo y tierra, / con no sé qué lejanos resplandores / de flor del Sol plantada en el Carmelo».

20 Se refiere a Paul Henri Thiry, barón de Holbach, filósofo enciclopedista francoalemán, cuyas ideas ilustradas iban muy en contra de la poesía sentimental.

Un muy apreciado filósofo que escribió diez volúmenes de «caracteres femeninos», al final encontró a su propia mujer en brazos militares. No es que pretenda yo aquí afirmar que las mujeres no tienen carácter. ¡Ni mucho menos! Más bien sucede que cada día tienen uno distinto. Tampoco es que pretenda yo reprocharles este perpetuo cambio de carácter. Incluso es una ventaja. Un carácter se forma mediante un sistema de principios estereotípicos. De estar estos últimos errados, la vida entera de aquella persona que los aplica sistemáticamente en su forma de ser no será más que un grande y prolongado error. Merece nuestro elogio y hablamos de «tener carácter» cuando una persona se comporta de acuerdo con unos principios sólidos, y no estamos considerando que, en una persona así, el libre albedrío se ha ido a paseo y su espíritu no progresa y ella misma no es más que ciega sierva de unas ideas añejas. También hablamos de ser consecuente cuando alguien se mantiene firme en lo que planteó y expuso de una vez por todas, y a menudo somos más que tolerantes a la hora de admirar a los necios y disculpar a los energúmenos con tal de que pueda decirse de ellos que han obrado de modo consecuente. Ahora bien, esta especie de yugo moral autoimpuesto no se da prácticamente más que en hombres; en el espíritu de las mujeres se mantiene siempre vivo y en vivo movimiento el elemento de la libertad. Cada día cambian sus visiones del mundo, las más veces sin tener conciencia de ello. Se levantan por las mañanas como niños cándidos y al mediodía construyen un sistema de ideas que, por la tarde, se vuelve a caer como un castillo de naipes. Si hoy tenían unos principios malos, me apuesto a que mañana tendrán los mejores. Cambian de opinión con tanta frecuencia como de vestido. Justo cuando no tienen en mente ninguna idea predominante, ahí se muestra lo más gozoso del mundo: el interregno de los estados de ánimo. Y este es, en las mujeres, más puro y fuerte que en nadie, y las guía con más seguridad que todos esos fanales de la abstracción del entendimiento que tantas veces nos llevan a los hombres por el camino que no es. No se crean que estoy yo aquí haciendo de abogado del diablo, encima elogiando a

las mujeres por esa falta de carácter de que, entre muchos suspiros, se duelen nuestros jovencuelos y nuestros más mayoruelos —torturados los unos por el amor; los otros, por el himen—. Han de tener en cuenta, además, que en esta exposición general sobre las mujeres me refiero principalmente a las polacas, y que a las alemanas medio habría que excluirlas. El pueblo alemán en su totalidad, por su naturaleza circunspecta, posee una predisposición especial al carácter firme, y también a las mujeres se les ha transmitido un poco de eso, que con el tiempo va a más y a más, de tal suerte que ya las damas alemanas de cierta edad, incluso las que podemos llamar «de la edad media» —o sea, las de cuarenta cumplidos—, revelan tener el carácter recubierto por un callo bastante grueso y escamoso. Las polacas son infinitamente distintas de las alemanas. Esto puede ser fruto de la esencia eslava en general y de las costumbres polacas en particular. Por lo que respecta a quiénes son más encantadoras, no seré yo el que anteponga a las polacas a las alemanas: no son comparables. ¿Quién pone una Venus de Tiziano frente a una María de Correggio? En un valle florido bañado por la luz del sol elegiría como acompañante a una polaca; en un jardín de tilos iluminado por la luna, a una alemana. En un viaje por España, Francia e Italia, querría que me acompañase una polaca; en un viaje por la vida, querría a una alemana. Modelos de dedicación al hogar y la educación de los niños, de piadosa sumisión y de todas esas virtudes calladas de las mujeres alemanas se encontrarán entre las polacas más bien pocos. También es cierto que, en Alemania, si se dan estas virtudes suele ser casi siempre en la clase burguesa y parte de la nobleza, que en esto se suma a las costumbres y principios morales de la burguesía. En el resto de la nobleza alemana, no es nada raro que estas virtudes hogareñas se echen en falta de un modo hartamente sensible que en las mujeres de la nobleza polaca. Es más, entre las nobles polacas ni siquiera se concede ningún tipo de valor a esta falta, ni nadie se plantea creerse algo especial por ello, como le sucede a más de una señora alemana de la nobleza que no tiene bastante dinero o bastante cabeza como para sobresalir

frente a la burguesía y —¡qué menos!— lo hace despreciando las virtudes burguesas y conservando los vicios de su rancio abolengo, que eso no cuesta nada. Las mujeres de Polonia tampoco sienten ningún orgullo por su árbol genealógico, y a ninguna señorita polaca se le ocurriría creerse alguien por el hecho de que, hace varios cientos de años, el noble ancestro suyo, que sería, como todos, un bandolero, escapara del merecido castigo.

La religiosidad es más profunda en las alemanas que en las polacas. Estas viven más de cara al exterior que a la inversa; son criaturas alegres que se santiguan frente a las figuras de santos, se pasean por la vida como por un hermoso salón de baile y se ríen y bailan y son encantadoras. En verdad que no es mi intención llamar ligereza y, menos aún, frivolidad a ese carácter ligero de las polacas que tan favorecido sale por lo ligeras que son las costumbres polacas en general, por el ligero aire francés que se mezcla en ellas, por la ligereza de la lengua francesa que, con predilección y casi como una lengua materna, se habla en Polonia, y por la ligereza de la literatura francesa cuyos postres de dulce, las novelas, devoran las polacas; y, por lo que respecta a la pureza de las costumbres, estoy convencido de que en esto no hace ninguna falta que las polacas se asemejen a las alemanas. Las extravagancias de las esposas de algunos magnates polacos han atraído las miradas en distintos momentos por lo tremendas, y nuestro populacho —como ya comenté antes— suele juzgar a toda una nación en función de los cuatro ejemplares sucios que ha alcanzado a ver alguna vez. Además, hay que tener en cuenta que las polacas son guapas y que las mujeres guapas, por motivos conocidos, son las que más expuestas están a las malas lenguas, de las que jamás escapan cuando, como las polacas, se dedican a vivir la vida con alegría y con ligera y graciosa despreocupación. Créanme, en Varsovia no son menos virtuosos que en Berlín en absoluto, solo que las aguas del Vístula rugen con olas más revoltosas que las tranquilas aguas del dulce Spree.

Yo volví
a caminar monte arriba
y monte abajo, y ante mis ojos se mecía
el hermoso sol, siempre iluminando nuevas her-
mosuras. Estaba claro que el espíritu de las montañas
me era favorable; sabía bien que un hombre poético como
yo puede contar después muchas cosas bonitas y, por eso, aque-
lla mañana me dejó ver su Harz como no lo ha visto cualquiera.
Aunque también a mí me vio el Harz como solo pocos me han visto;
también entre mis pestañas brillaban unas perlas tan preciosas como
las de la hierba del valle. El rocío de la mañana del amor humedecía
mis mejillas, los pinos, en sus murmullos, me entendían, sus ramas
se movían solas, se alzaban y se bajaban como si fueran personas
mudas que me compartiesen su alegría con las manos, y en la
lontananza se escuchaba un sonido fantástico y miste-
rioso, como las campanas de una ermita perdida.

HEINRICH HEINE



COLECCIÓN
SOLVITUR AMBULANDO

*Clásicos de la exploración y el viaje para volver a recorrer
el mundo con una mirada actual.*

CL#4 *Cartas desde Estambul*
LADY MARY WORTLEY MONTAGU

CL#5 *Con las suelas al viento*
Viajeros, eruditos y aventureros
MARTÍN CASARIEGO

CL#6 *Verano en los lagos*
MARGARET FULLER

CL#7 *Japón inexplorado*
ISABELLA BIRD

CL#8 *Diario ártico*
Un año entre los hielos y los inuit
JOSEPHINE DIEBITSCH PEARY

CL#9 *Impresiones y paisajes*
Con «Un poeta en Nueva York»
FEDERICO GARCÍA LORCA

CL#10 *A pie por Inglaterra*
WILLIAM H. HUDSON

CL#11 *Las tierras altas de Albania*
EDITH DURHAM

CL#12 *Viajes por Manchuria y Mongolia*
AKIKO YOSANO

CL#13 *Cuadros de viaje*
HEINRICH HEINE



En *Cuadros de viaje* Heinrich Heine nos ofrece pasajes y paisajes de un lirismo conmovedor basados en sus viajes por diferentes países. Ahora bien, esa sensible admiración por la naturaleza y sus monumentos contrasta con la ironía y el humor que le imprime a sus «cuadros». Y es que Heine pretende desencantar la naturaleza y poner de manifiesto lo hueco que resultaría refugiarse tan solo en la belleza del paisaje o en los suspiros del amor mientras Alemania se encuentra en una desastrosa situación histórica y social. El paisaje, por bello que sea —y sin duda Heine sabe bien cómo recrear esa belleza—, ya no ofrece consuelo ni refugio y no responde a las muchas dudas e inquietudes de lo humano.

Estos «cuadros» de Heine, dispersos en varios géneros, y recogidos ahora por primera vez en una edición crítica y en un solo volumen, son cruciales para entender la totalidad de su obra, pues en ellos se revela una visión del mundo y una poética a las que el autor se mantendrá fiel a lo largo de toda su trayectoria vital y artística: su estética de la discordancia, su sentido del humor y las digresiones en torno a ese centro que —según nos dice— es el corazón roto del poeta, pero que, en realidad, es una mente de una lucidez y una modernidad sin parangón.



*«Como fruto de su época, la literatura de Heine
representa de una manera muy realista la decepción, lo roto,
lo impuro y lo fragmentario, pues es la realidad misma
—con todas sus coordenadas— la que hace pedazos
a quienes intentan cambiarla».*

ISABEL GARCÍA ADÁNEZ

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

ISBN: 978-84-17594-89-3 | THEMA: WTLC, 1DTP, 1DST, 1DFG



9 788417 594893